

## EDICIONES MUSICALES

*Cuadernos de la «Editorial Argentina de Música».*

En un número anterior de nuestra Revista, en el que recogíamos unas declaraciones del joven compositor chileno Alfonso Letelier, que acababa de regresar de Argentina y nos informaba sobre la actividad musical en el país hermano, dimos cuenta ya a nuestros lectores de la existencia de la «Editorial Argentina de Música». La iniciativa privada, concretamente la entusiasta y altruísta cooperación de la señora Debenetti, ha impulsado la creación y actividad de una casa editora de música que en las primeras obras que lleva impresas, las que motivan este artículo, se nos ofrece como magnífica realidad.

En Europa, sólo los países de más intensa cultura musical, como Alemania, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética, han dispuesto de editoriales de música de una cierta amplitud. En nuestra América, una labor editorial considerable en estos aspectos, hasta hoy sólo ha podido ostentarla los Estados Unidos. Motivos principales de las limitaciones que sufre la impresión de música, aparte de los económicos, son los muchos que se derivan de las dificultades técnicas que presentan empresas de esta índole. Cuando se vencen, es para abastecer el mercado de las «piezas fáciles» y de la música popularizada que con rapidez compensa de los esfuerzos empleados en su grabación. O bien para reimprimir la música artística «consagrada». En Chile pueden encontrarse ejemplos del primer caso. Del segundo, los ofrecen con abundancia las eternas reediciones de Granados, Albéniz y otros músicos que llevaba a cabo la «Unión Musical Española» de Madrid. Ni qué decir tiene que en ninguna de las dos formas se sirve con preferencia a la cultura musical. El primer elogio, y quizás el más grande, que podemos hacer a la «Editorial Argentina de Música», es el hallarse consagrada a divulgar la música argentina de vanguardia. En bellísima presentación gráfica, con una muy cuidada impresión, al parecer limpia de errores, el catálogo de la joven editorial nos ofrece las siguientes obras:

Jacobo Ficher, «Siete canciones de Amado Villar». José María Castro, «Sonata de Primavera», para piano. Luis Gianneo, «Sonatina» para piano. Washington Castro, «Cuatro Piezas Infantiles» para piano. Honorio Siccardi, «Introducción y Fuga», para clarinete y piano. Juan José Castro, «Toccata para piano». Roberto García Morillo, «La Vuelta de Mambrú», para piano. Alberto E. Ginastera, «Las Horas de una Estancia», para canto y piano. Pedro Valenti Costa, «Seis Movimientos Corales», para coros mixtos a capella. Gilardo Gilardi, «Tres Coplas» para canto y piano.

Reunir los nombres de músicos como los citados en una serie de publicaciones al más bajo costo, (de dos a cinco pesos argentinos), es hacer una magna labor en pro de la difusión de la música argentina más llena de inquietudes, de más amplios alientos y, hasta la fecha, mejor realizada. Esto, además, con desprecio de todo fin comercial inmediato, lo que hace aún más hermoso y excepcional a un propósito tan bien orientado.

En su presencia física, las ediciones que comentamos nos recuerdan a las mejores europeas de su tipo: las de Max Eschig en París y las de Chester en Londres. Es posible que se hayan tenido en cuenta estos modelos, que no había por qué ignorar. Pero, insistamos, por fortuna tan selectos medios gráficos se hallan al servicio de la música nueva, la que de manera más auténtica representa el progreso

actual del arte trasandino. En este sentido, la «Editorial Argentina de Música», ha superado a sus antecesoras europeas.

No quisiéramos cerrar esta nota, aunque toda comparación sea enojosa, sin dirigir una mirada al estado en que se encuentran estos problemas entre nosotros. Años atrás, la Revista «Aulos», primero, y después «Revista de Arte» de la Facultad de Bellas Artes, emprendieron una tarea similar a la que hoy lleva a cabo la «Editorial Argentina de Música». Se pudieron dar a conocer así algunas producciones para coros a capella, canto y piano, o piano solo de los valores más destacados con que Chile cuenta en la música. Suspendidas temporalmente las ediciones de la «Revista de Arte», sólo de tarde en tarde, y a cargo de su autor, imprime la editorial «Casa Amarilla» obras de compositores chilenos contemporáneos. Queda así limitada la difusión de nuestra música a las copias que suelen hacerse para una ejecución determinada. La obra de los músicos chilenos se encuentra casi por completo inédita y, por tanto, con una circulación en último grado restringida, lo que perjudica a la expansión de nuestro arte, sobre todo en el extranjero. Presentando Chile uno de los más interesantes movimientos musicales de este tiempo, al menos por lo que a las Américas se refiere, sólo es conocido en un corto número de composiciones de sus más destacados valores. Y otra cosa no puede esperarse en un porvenir cercano, por mucho que se acreciente el intercambio que ahora existe entre los diversos países de este Continente y con Europa. Mientras no exista una regularizada edición de obras musicales, el gran público de los aficionados a la música no podrá tener sino muy esporádicos contactos de conciertos con nuestra cultura musical en su aspecto básico. Es éste un problema que debe plantearse con crudeza para hallarle, como exige, una solución rápida. El Ministerio de Educación Pública no hace mucho entró en contacto con la Sociedad de Editores de Chile, para impulsar la impresión y difusión de libros chilenos. Nuestra música, ¿una vez más ha de quedar relegada, a pesar de su vasto desarrollo actual, al papel de Cenicienta respecto de su hermana mayor, la literatura?